

ciales de Máximo, que le juró sobre los Evangelios que no le haría mal ninguno, y aun le hizo vestir de nuevo la púrpura Imperial que había dejado en el camino por temor de ser conocido: dispusieronle un espléndido banquete, en el cual le asesinaron en el mes de Julio ó de Agosto del año 383, por los mismos que acababan de comer con él. No se le reprende mas que su pasión á la caza con la disipación que esta trae consigo, y una deferencia á sus Ministros, que llegaba á ser temor, y que los hacía viciosos, haciéndolos despóticos; pero San Ambrosio cree que la divina Justicia aceptó en satisfacción de estas culpas de descuido ó inadvertencia, la muerte anticipada que este Príncipe por otra parte tan religioso, padeció como héroe Cristiano. En algun modo el santo Doctor le canoniza, y no duda aplicarle el oráculo del libro de la Sabiduría: „el justo ha sido arrebatado para que la malicia no pervierta su alma.”

Apoderóse Máximo, despues del asesinato de Graciano, de todos los estados de este Emperador, á saber, de las Galias, de la España, y de las Islas Británicas; y fijó su residencia en Tréveris, capital de las Galias Romanas. Quitó la vida á algunas personas que eran de mucha consideración en el reinado anterior; entre las cuales se cuenta á Macedonio, maestro de los oficios, que se había dejado sobornar por los Priscilianistas; y su fin malhadado cumplió prodigiosamente la predicción del santo Arzobispo de Milán.

Viniendo un día el piadoso Pastor á pedir una

gracia de Macedonio, encontró todas las puertas cerradas sin conseguir que las abriesen. El Santo se indignó, y penetrado súbitamente de una inspiración divina, exclamó: *vos vendreis á tocar á las puertas de la gracia y de la paz, y no podreis entrar* (1). Efectivamente despues de morir Graciano quiso refugiarse este Ministro en un templo, cuyas puertas estaban abiertas; sin embargo no llegó á tiempo de entrar.

55. Murió el Papa San Dámaso á fines del año siguiente á esta revolución, el día 10 ú 11 de Diciembre de 384, despues de un Pontificado de diez y ocho años, y ochenta de vida. Fue uno de los mejores ingenios, y de los hombres mas cultos de su tiempo. Dejó algunas obras en prosa y verso, entre otros su epitafio y el de su hermana la virgen Irene, junto á la cual quiso ser sepultado (*). Eligióse para sucederle

(1) *Paul. in vit. S. Ambr. cap. 37.*

(*) Este gran Pontífice honró su Silla y nuestra España no menos con sus escritos, de los cuales se infiere que fue uno de los hombres mas cultos y eruditos de su tiempo, que con sus virtudes, principalmente con su paciencia invencible. Pues consagrado, segun Pagi, el 1 de Octubre del año 366, y gobernando la Iglesia hasta el 10 de Diciembre de 384, tuvo que sufrir mucho por la intrusión del Antipapa Ursino, hasta llorar la desgracia de ver que sus fieles por sostenerle llegaron varias veces á las manos con los fautores de su antagonista. Restituida la paz á Roma con el destierro de Ursino, no logró San Dámaso la de su persona, y sufrió de los cismáticos mil calumnias con que atacaron su reputación. Pero se justificó y conservó su Silla pacíficamente hasta su muerte. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento, pero es indudable que fue Español.

á los ocho ó diez dias despues de su muerte , á Siricio , Romano de nacimiento , y Presbítero del título del Pastor. Al jóven Emperador Valentiniano que residia en Milán le fue grata esta eleccion , y espidió un edicto , en el cual se decia , que Ursino , que aun no habia renunciado á sus pretensiones , era repellido por el pueblo , y Siricio unánimemente electo.

56. Habia consultado á la Iglesia Romana sobre diversos puntos de disciplina Himerio , Obispo de Tarragona , Metrópoli de una parte considerable de España , antes de la elevacion de Siricio. Uno de los primeros cuidados del nuevo Pontífice fue contestar á esta consulta ; y su epístola es la primera de las mas auténticas en este género , llamadas comunmente decretales , porque tienen fuerza de decreto legítimo ó ley canónica (1) Esta no tiene otra prerogativa que la de su antigüedad , y solo hay en ella reglamentos consignados en los Concilios y en otros monumentos de la misma fecha , á no ser porque habla de la edad de las personas admitidas á recibir las órdenes sagradas , y de los intersticios de estas mismas órdenes señalados aquí mas distintamente que en ninguna otra ordenanza eclesiástica de esta antigüedad. Requiere Siricio treinta años de edad para recibir el Subdiaconado , que despues transcurran cinco en el Diaconado antes de recibir el Sacerdocio , y dos en este antes del Episcopado. Respecto al intervalo entre Subdiaconado y el Diaconado establece sin especificar tempo fijo , que el Subdiácono puede subir al orden de Diáco-

(1) *Tom. 2. Concil. pág. 1017.*

no , si le juzgan digno , despues de haber ofrecido la continencia.

Se nota por las relaciones del Arzobispo de Tarragona con el Sumo Pontífice , que se habia introducido una relajacion vergonzosa en las costumbres del clero de España , y que algunos eclesiásticos vivían con sus mugeres despues de su ordenacion como antes , de modo que Siricio se vió obligado á fallar entredicho contra los que se obstinasen en este abuso denigrativo. Son condenados á ser escludidos de su comunidad , encerrados en cárceles para llorar allí su pecado , y no recibir la comunión sino al morir , los monges y las religiosas que hubiesen contraido matrimonios sacrílegos. Echamos de ver por esto que ya habia á la sazón en España diversas comunidades religiosas , y que el matrimonio estaba prohibido á los religiosos por las potestades civiles y eclesiásticas.

Se notan tambien algunos artículos en que la disciplina principiaba á acercarse á los usos modernos. Prohibiendo por egemplo , administrar el bautismo fuera del tiempo de Pascua , manda no solo seguir confiriéndole á los adultos que estuviesen en riesgo de muerte , sino tambien concederle sin dilacion á los niños. Tambien prohíbe rebautizar á los Arrianos convertidos. Hallamos en este decreto el testimonio importante de Siricio sobre la anulacion con los términos originales del Concilio de Rímimi por el Papa Liberio. Respecto á la eleccion de los clérigos , el Papa no reprueba que los legos se ofrezcan por sí á entrar en la clericatura , con tal que se sometan á las

pruebas oportunas, y que adquirieran las disposiciones prescritas; mas como no es permitido imponer la penitencia pública á los clérigos, tampoco lo es admitir al órden clerical á las personas que hubiesen hecho esta penitencia, aunque fuesen absueltas y reconciliadas. El Sumo Pontífice dice á Himerio al fin de su epístola: „ved aquí la respuesta á todas las controversias que proponeis á la Sede Apostólica, como á la cabeza del cuerpo de que vos sois miembro.” A este Metropolitano le encarga despues que participe estas decisiones, no solo á su provincia de Tarragona, sino también á las de Cartagena, Bética, Lusitania y Galia; á saber, á toda la España y á las provincias vecinas: lo que se entiende de la Galia Narbonense (*).

57. Poco tiempo vivió en Roma San Gerónimo en este nuevo Pontificado. Habia muerto su protector, y su crédito habia escitado la envidia, aunque nunca usó de él sino para continuar los progresos de la virtud; mas el ardor mismo de su celo era lo que menos le perdonaban. Este Doctor enemigo de todo desórden, incapáz de respetos humanos, y de un carácter firme, censuraba los vicios con una vehemencia que le grangeó muchos enemigos. Habia compuesto en su última residencia en Roma un pequeño tratado sobre la manera de guardar la virginidad, dirigido á la virgen Eustoquia, hija de Santa Paula, para pre-

(*) Véase esta epístola en la *summa conciliorum Hispaniæ* de Vilanuño, tom. 1. pág. 126, edic. de Madrid 1784.

servarla contra los riesgos que podia temer aun en el trato de los eclesiásticos. „Los hay, decia este Padre versado en el conocimiento del mundo y en las ciencias, los hay que pretenden las órdenes sagradas para tener entrada mas libre con las personas del otro sexo. Asi todos sus cuidados se limitan á su exterior: el calzado, dice, es muy delicado y elegante: cuando se acercan, lo anuncia el suave olor de los perfumes: vereis sus cabellos dispuestos con afectacion: las piedras mas preciosas brillan en sus dedos, andan sobre las puntas de los pies, y temen imprimir sus huellas en el polvo de que son formados: en una palabra, los juzgareis jóvenes desposados mas bien que clérigos.” Y hablando de una pasion que no es menos escandalosa en unos hombres que tomaron al Señor por herencia; „hay otros, añade, que ponen todo su estudio en saber el nombre y casa de las mugeres distinguidas, y en conocer y halagar sus inclinaciones. Dánse estos traza sobre todo en obsequiar las señoras ancianas y sin hijos, las acompañan en todas partes, apenas las dejan solas en las horas de descanso, las sirven en los oficios mas bajos, y viven en la mas vil dependendencia de las que ellos debian gobernar.”

Ofendió esta libertad del santo Doctor á una multitud de clérigos, aplicando cada uno á sí mismo lo que reprendia en general. No hubo astucia que no inventasen para vengarse, primero ridiculizándole y reprendiendo hasta su aspecto y sus modales, su mirar, su reir y su andar: despues intentaron hacer sospechosa su fe y su virtud, solo por su exterior sim-

ple sin afectacion , y tan opuesto á la vanidad que criticaba. Ya le acusaron de tener mucha familiaridad con las señoras Romanas , ya de tomar demasiado imperio sobre el espíritu de las jóvenes , que según se esplicaban las hacia víctimas de su humor triste , formándolas en una devocion y erudicion llenas de riesgos. Mas el Santo tomó el partido de ceder á la tempestad , dejó á Roma y volvió á la Palestina.

58. Siguióle poco despues Santa Paula , llevando consigo á su hija Eustoquia. La devocion de aquel tiempo era visitar las santas moradas de los solitarios , y las tierras consagradas por la sangre adorable del Redentor , ó por la de los Mártires. Principió Paula en las costas mismas de Italia á visitar la celdilla de Santa Domitila en la isla Pomia , adonde esta Princesa de sangre real habia sido confinada por la fe en el imperio de Domiciano. Desde allí pasó hasta Chipre en la diócesis de San Epifanio , á quien habia acogido de un modo tan singular en Roma , y el cual se esforzó á que descansase en Salamina de las fatigas de la navegacion ; mas su fervor infatigable la dictó emplear todo el tiempo que se detuvo en la isla en recorrer un número considerable de piadosas soledades establecidas allí desde el tiempo de San Hilarion. Tributóla en Antioquía el Patriarca Paulino todos los homenajes debidos á una de las mas distinguidas familias de Roma , cuyo esplendor acababa de ver por sí mismo ; pero la Santa se detuvo allí poco , y aun partió en lo fuerte del invierno ; y por un espíritu de mortificacion y de humildad caminaba en un asno.

El diario de este viage nos lo ha conservado San Gerónimo , muy interesante por los vestigios de la antigüedad sagrada , que se veían á la sazón en Palestina.

Paula atravesó la Siria , y quiso entrar en Sarepta , cerca de Sidon , en la pequeña torre donde se habia hospedado el Profeta Elías. Visitó en Cesaréa la casa del Centurion Cornelio convertida en Iglesia , la del Diácono San Felipe , y las habitaciones de las vírgenes sus hijas , dotadas todas cuatro del don de profecía. El Gobernador de Palestina para honrar en la Santa á la nobleza Romana envió oficiales que la preparasen un palacio , cuando se aproximaba á Jerusalem ; pero ella prefirió una celdilla humilde. Recorrió las santas estaciones con una fe tan viva como si tuviera presente al Hijo de Dios en los monumentos antiguos de su caridad para con los hombres. Tomó el camino de Belen despues de repartir inmensas limosnas en la capital de la Judea ; y al paso vió el túmulo de Raquel que aun existia. Examinó en Betfage con mucha ternura el sepulcro de Lázaro y la casa de sus hermanas. Oró en Sichar en la Iglesia edificada sobre el pozo de Jacob , donde el Salvador habia convertido á la Samaritana , y despues consideró uno por uno los sepulcros de los doce Patriarcas : los de Josué y del Sumo Sacerdote Eleázaro sobre el monte Efrain , y en Sebaste ó Samaria el del Profeta Eliséo y el de Abdías : pero sobre todo el de San Juan Bautista , famoso por una multitud de milagros , los que acreditaba en especial la infinidad de energúme-

nos que de continuo iban allá y obtenian todos su curacion.

Tambien pasó Paula á Egipto, imitando á Melania, donde halló especialmente en Nitria tantos motivos de edificacion, que se hubiera quedado allí con su fiel Eustoquio y otras muchas virgenes que no la dejaban un punto, si la devocion de los santos lugares no hubiera sido mas poderosa. Fijóse á su vuelta en Palestina cerca de Belen, y fundó allí monasterios con casas de hospitalidad. Allí fue donde pasó sus dias restantes bajo la direccion de San Gerónimo, que terminó tambien en Belen su gloriosa carrera, sin desdeñarse de emplear en alivio de los enfermos y de los pobres sus horas de descanso, y todos los momentos que podia hurtar á aquellas grandes obras, que le colocan entre los Padres mas beneméritos de la Iglesia. A pesar de sus trabajos y de sus increíbles austeridades halló en la soledad la paz y felicidad que no habia tenido como muchos en el mundo.

69. Reducido San Ambrosio por su estado al lugar en que estaba la corte, padeció mucho del jóven Valentiniano, ó mas bien de su madre Justina, arriana obstinada, Princesa imperiosa, inquieta y osada. Debía mucho ciertamente á su digno Pastor, que á ruegos suyos habia tenido la generosidad de encargarse de la mas arriesgada embajada á Máximo, poco despues de su rebelion y de sus primeros sucesos. Obtuyo la paz tan ansiada, é impidió al tirano invadir la Italia, y proporcionó al jóven Valentiniano y á Justina el tiempo necesario para atender á su seguridad

comun; pero cesó el riesgo y se borró la memoria del servicio. Acordábase la Emperatriz por el contrario de la injuria que pretendia haber recibido en las personas de sus Obispos hereges Secundiano y Paladio, condenados en el Concilio de Aquileya, en el cual el santo Arzobispo de Milán habia sido uno de los primeros.

Principió Justina la desavenencia pidiéndole una Iglesia, en que los Arrianos que de todas partes atraía cerca de su persona pudiesen tener sus asambleas. Como eran tan mal acogidos de Teodosio acudian de todas las provincias á la corte de Italia, donde el partido tenia aun un Obispo Scita, llamado Mercuriano; pero este falso doctor desacreditado mucho con este nombre á causa de sus delitos, queria que se le llamase Ausencio, nombre muy agradable á los Arrianos desde que le habia tenido el predecesor de Ambrosio. Necesitaba pues de una Iglesia para egercer en ella sus funciones; y así intimaron al Santo que cediese una y que impidiera la conmocion del pueblo. Contestó que era accion indigna de un Obispo entregar la casa de Dios, y que respecto á la multitud irritada de los ciudadanos ortodoxos, dependia de él no acalorarla y aun exhortar á la paz y al sufrimiento; pero que el resultado estaba en las manos de Dios que dispone de los corazones. La Emperatriz envió tropas á vista de esta respuesta para que se apoderasen del lugar santo; pero el pueblo se opuso, y á no ser por la prudencia del santo Arzobispo, se hubiera vertido mucha sangre. La corte impuso gruesas

multas al cuerpo de mercaderes, como cabezas del resto de los vecinos. Prendióse á muchos á pesar de las circunstancias del tiempo, que era la semana santa, en que solian por el contrario libertar á los prisioneros. Exigiéronseles en tres dias trescientos marcos de oro, pero protestaron que darian voluntariamente otro tanto para guardar íntegramente el depósito preciosísimo de la fe.

60. El pueblo entretanto guardaba la Iglesia, la cual estaba investida de soldados como una plaza sitiada; pero pronto aquellos guerreros religiosos declararon al Emperador con la franqueza propia de su estado, que estaban prontos á obedecerle en todo lo que no se opusiese á la ley de Dios; y que si por el contrario queria armar la heregia contra su santo Obispo Ambrosio, se pondrian de su parte para tener con él la gloria de padecer por tan buena causa. Eran todos Católicos como los ciudadanos de Milán; sin que hubiese mas Arrianos que los oficiales mas viciosos de palacio, hombres sin carácter, sobornados á la fortuna con algunas personas parciales que la Emperatriz llevaba consigo á todas partes, y que no osaron entonces mostrarse.

Al principio no conocieron los oficiales militares y sus tropas lo que exigian de ellos, pero luego que se vieron mirados como perseguidores de la fe, entraron en la Iglesia, profesaron su creencia con sus obras y se mezclaron entre los fieles Católicos. Viendo aun algunas mugeres muy asustadas, no temais nada, las decian, que estos son hermanos vuestros que vienen

á orar con vosotras, y no á turbaros en la profesion de la santa fe que nos es comun. El caritativo Obispo que sostenia la religion de su pueblo por la virtud de la santa palabra, á este golpe de la gracia dirigió elocuentemente su discurso sobre una revolucion tan imprevista. „¿Qué profundos son, exclamó, los divinos oráculos! ¿Traeis á la memoria, hermanos míos, con qué sentimiento leíamos esta mañana aquellas palabras del Salmo: *Señor, vinieron las naciones á vuestra heredad?* Vinieron Godos y otros estrangeros con armas, acometieron al lugar santo; mas vinieron infieles y se condujeron como Cristianos. Vinieron á invadir la heredad santa, y se muestran dignos coherederos de ella. Ya tiene la fe por confesores á los que teníamos por sus adversarios.”

Daba gracias á Dios, y creía que el Emperador mismo habia mudado de ánimo cuando se le avisó, que este Príncipe enviaba un secretario encargado de sus órdenes. Se apartó un poco para oírle; pero le admiró mucho el secretario, diciéndole: „vengo á saber de vos mismo si sois un rebelde y un tirano para proceder en consecuencia de vuestra contestacion. El Santo respondió: nada he hecho que dé lugar á esta pregunta ignominiosa. ¿Y quién puede acusarme de haber olvidado la obediencia debida al César, defendiendo yo la Iglesia de Dios? Me he contentado con gemir sabiendo que las tropas sitiaban la Basílica, é instándome muchas personas á que corriese á ella, les contesté: si es delito el entregar el lugar santo, tambien lo seria defenderle con mano armada.

Cuando supe que un celo inconsiderado cometia violencias, envié á los Sacerdotes mas capaces de contener al pueblo en el respeto debido al Emperador, para obligarle á él mismo á hacer justicia á nuestra moderacion. Si esto es una rebeldía, y si quieren por fuerza que sea culpado, aquí estoy á vuestra disposicion. Ambrosio sabe morir por la justicia, pero no sabe rebelarse. ¿Por qué tardais en sacrificarme? Los Sacerdotes en la ley antigua daban los reinos y no los tomaban, y en todos tiempos ha habido sobradas causas para decir que los Príncipes afectan el Sacerdocio mucho mas que los Sacerdotes el Imperio. No dice Máximo que sea yo el rival ó el tirano de Valentiniano; Máximo, digo, que se queja con tanta amargura de que mis ruegos le han quitado la Italia.

El resto del dia lo pasaron los fieles en la consternacion y en la tristeza. El Arzobispo no pudo volver á su habitacion, porque la Iglesia estaba cercada de soldados que permanecieron allí toda la noche: lo que no debe admirarnos si consideramos la construccion de aquellas Iglesias antiguas. Estaban acompañadas de muchos cuerpos de edificios que contenian galerías, salas, cuartos con patios y jardines, y hasta baños, cuya necesidad parecia indispensable antiguamente. Habia lugares en que se podia comer y tomar algun sueño decentemente.

A la mañana siguiente, dia de jueves santo, se leyó segun costumbre un pasage de la Escritura sobre la conversion de los pecadores á la penitencia.

El pueblo presagió á vista de esto una mudanza feliz, y efectivamente cuando aun estaba hablando el Obispo vinieron á decirle, que el Emperador habia mandado á las tropas que dejaran la Iglesia libre y se retirasen; cuyas órdenes se apresuraron á publicar los mismos soldados, y besaban el altar en señal de una alegría religiosa.

Mostróse la Emperatriz Justina mas indignada; y á fuerza de astucias consiguió dentro de pocos dias que se publicase una declaracion imperial, autorizando las asambleas de los Arrianos. Benévolo, Prefecto de las memorias, ó uno de los secretarios de Estado, rehusó estenderla, queriendo antes perder su favor y su empleo, que prestar su mano á la maldad. Abrazaba Valentiniano por esta declaracion la confesion de Rimini, permitiendo á los Católicos que siguiesen la suya, pero sin oponerse á la paz general; y amenazándoles con la muerte, como autores de sedicion y reos de lesa Magestad, si intentaban alguna cosa aunque fuera en secreto contra esta ordenanza. Así abusaban de los términos y se aumentaban las calificaciones mas infamatorias y mas fuertes, para hacer perder de vista la falsa aplicacion que hacian de ellas.

Mandó intimar, á la publicacion de esta ley, Valentiniano, ó mas bien Justina, á San Ambrosio que compareciese ante el Emperador, que queria juzgarle á él y á Ausencio. Contestó el santo Obispo con respeto, pero con una noble firmeza, haciendo conocer al Príncipe lo mucho que se alejaba de la máxima